

exageración que su vida fue una continua penitencia. Su oración era un constante ejercicio de amor de Dios. A veces sólo con nombrar a Jesús o a María se llenaba su corazón de tal ternura que le llevaba al derramamiento de lágrimas.

Al concluir la lectura de esta obra parece obligado emitir un veredicto favorable, tanto por la concepción del trabajo, como por el modo de realizarlo. La copiosa documentación manejada por la autora ha supuesto, en ocasiones, una reiteración de textos citados, que se podía haber evitado haciendo las pertinentes referencias a los lugares antes mencionados. También se habría evitado una cierta inflación textual, poniendo al final los oportunos apéndices documentales y que en las notas sólo figuraran aquellos lugares de mayor relieve. Anotemos igualmente que en algún momento se hacen comentarios menos científicos, como ocurre en p. 154, líneas cuatro a siete. Con todo, éstos son *peccata minuta* en comparación con la totalidad del trabajo realizado, y confiamos en que esta obra palafoxiana tenga la buena acogida que se merece.

Domingo RAMOS-LISSÓN

Jean de VIGUERIE, *Christianisme et Révolution. Cinq leçons d'Histoire de la Révolution française*, Nouvelles Editions Latines, Paris 1986, 268 pp., 14 x 22.

«En 1789 la mayoría de los franceses eran católicos y la mayoría de los católicos practicaban. La abstención del cumplimiento pascual era rara en las ciudades y excepcional en el campo. Quince años más tarde, bajo Bonaparte, un cuarto o un tercio de los católicos no cumplen por Pascua ni van a la misa dominical. La diferencia es espectacular y no deja dudas: la descristianización masiva de Francia comienza con la Revolución» (p. 7).

Estas primeras líneas de «Cristianisme et Révolution» centran perfectamente el tema del libro: la caída de la práctica religiosa es consecuencia de la beligerancia activa de la revolución frente al catolicismo. El profesor de Viguerie, conocido especialista de historia religiosa e historia de las ideas en la época moderna, nos ofrece en este volumen cinco lecciones que recorren las etapas de la descristianización provocada por los elementos revolucionarios.

Las tres lecciones centrales —«La nouvelle église 1789-1792», «La grande persécution» y «L'accalmie et la deuxième persécution»— describen y analizan el proceso, desde la convocatoria de Estados generales hasta el concordato napoleónico. La lección 1ª es una magnífica síntesis sobre la religión y la Iglesia de Francia en los últimos años del Antiguo Régimen y la 5ª un balance general del periodo.

¿Qué pretende el libro? Entender el sentido profundo de la Revolución. 1789 amanece en una nación tensa y dividida ideológicamente. Destacar la importancia de esta división no es de las menores virtudes

del prof. de Viguerie. Sin tenerla presente es muy difícil entender los años revolucionarios. Se corre el riesgo —y podemos comprobarlo en recientes manuales de historia de la Iglesia— de un deslizamiento hacia una interpretación política de los enfrentamientos del poder revolucionario con la Iglesia.

El ataque de los filósofos a la religión católica —al «fanatismo»— es el *humus* alimenticio de los cuadros de poder de la Asamblea Constituyente y, sobre todo, de la Legislativa.

Puede apreciarse en la justificación que los legisladores dan a determinados actos. Un caso esclarecedor es el fundamento teórico empleado en la confiscación de los bienes al clero. No se trata únicamente de un expediente financiero para resolver la crisis de la hacienda pública. Es, sobre todo, el rechazo de una práctica institucional de la Iglesia católica: las fundaciones. La fundación piadosa —atacada ya por Turgot en el artículo correspondiente de la Enciclopedia— repugna a la filosofía de las luces por varias razones: es un desafío al tiempo, que las luces ven como en creación constante; establece un tiempo sacro —pues su finalidad es el culto divino— que las luces rechazan y un tiempo sacro y tiempo profano, ámbito que, desde Vico, la filosofía moderna separa radicalmente.

Bajo la confiscación de bienes del clero subyace «la expresión de una nueva filosofía de la historia. Al desafío glorioso de los fundadores de la antigua Cristiandad, esta filosofía opone el inexorable tiempo de los hombres, el que hace que todo sea pasajero» (p. 60).

Los demás actos legislativos han de contemplarse también con criterio ideológico. ¿Por qué la Asamblea no sólo no reconoce, sino que prohíbe la formulación de votos religiosos? Más de un historiador se ha extrañado de este atentado a la libertad por una asamblea liberal. Es un atentado a la libertad, sin duda, «pero hay que hacer notar que la filosofía política de la mayoría de la Asamblea Constituyente no se reduce al liberalismo. El laicismo y la creencia en el progreso ocupan un amplio espacio. (...) Los votos son de la misma naturaleza que las fundaciones, por ser compromisos perpetuos y, en consecuencia, (...) obstáculos al progreso» (p. 67).

La gran persecución, que se inicia con la Asamblea Legislativa resulta también difícil de entender sin tener en cuenta que «el núcleo de la izquierda en esta nueva asamblea está formado por diputados ateos» (p. 113). Las medidas que toma no tienen finalidades meramente políticas. Se pretende un nuevo hombre y una nueva sociedad, claramente incompatibles con la tolerancia —desaparece el derecho a disentir de la mayoría— y con el cristianismo.

Tal mentalidad, difundida en las numerosas secciones revolucionarias a lo largo de Francia es la que explica el gran estallido descristianizador del año II, como consecuencia lógica de las ideas que sustentan la Revolución.

Las etapas clave, por tanto, tienen todas raíces antirreligiosas: «el verdadero origen del primer Terror es el decreto de las Constituyentes

exigiendo a los sacerdotes el juramento cívico. La causa principal de la caída de Robespierre es la Fiesta del Ser Supremo. La razón determinante del golpe de estado de fructidor es la abrogación de las leyes de proscripción de los clérigos refractarios» (p. 201).

La argumentación del A. presenta bajo el mismo signo religioso las revueltas de La Vandée —el reclutamiento forzado es un motivo, no la causa— o, incluso, la fuga de Luis XVI: «cuando el 20 de junio el Rey huye de París (...) lo hace especialmente para elegir su culto. Es denunciado entonces como cómplice, no sólo de los emigrados, sino también del clero refractario. La suerte de la monarquía está echada» (p. 111).

Creo que son suficientes estas pequeñas aproximaciones a momentos clave de la Revolución para comprender el interés del libro. Cinco lecciones que son una excelente lección de buen hacer histórico y de amenidad literaria. Lecciones útiles para marcar los perfiles fundamentales de la Revolución francesa, a las puertas de su bicentenario. Y uno de esos perfiles lo forma la religión: «la cuestión religiosa está en el corazón de la historia de la Revolución» (p. 201).

Antón M. PAZOS

William G. MOST, *The Consciousness of Christ*, Christendom Publications, Font Royal (Va) 1980, 232 pp., 14 x 24.

Desde la publicación del libro de Galtier *L'Unité du Christ. Être, Personne, Conscience* en 1939, el tema del conocimiento de Cristo ha recibido mucha atención, no sólo como problema teológico que afecta a facetas claves de la Cristología propiamente dicha, sino por la estrecha relación que tiene con la Revelación y, por tanto, con la fe de los cristianos. Se entiende que si es posible probar que Cristo ha tenido ignorancia, fácilmente se puede mitigar la fuerza de sus palabras. El libro consta, según nuestro parecer, de tres partes, que no corresponden estrictamente al orden del índice.

a) Dos cuestiones básicas sobre la exégesis de los textos sagrados, planteados de manera un tanto polémica. 1) Defiende que los Evangelios son —dentro de su género literario— históricos (Introducción, p. 10-34). El autor apunta que el pretender encontrar errores en el texto sagrado (Bultmann, Perrin) es el resultado de rechazar la *posibilidad* de todo lo que supera las leyes de la naturaleza: milagros, la actuación de demonios etc., rechazo que el autor califica de «ingenuo» (p. 177), y «supersticioso» (p. 178). 2) Trata la cuestión de la 'crítica formal' ('Form Criticism') de Bultmann, Fuch Ebeling y otros (p. 175-224). En este apartado, explica paso a paso, de un modo muy práctico, cómo funciona la crítica formal (9 puntos: p. 201-202), y los prejuicios que entraña esta exégesis. Se complace en lo fácil que es rebatir el argumento más sólido de Perrin para rechazar la inerrancia de la Biblia (el texto de Mc 9,1 p. 195-198). Concluye: «Classicists once